

# Diccionario folclórico

Escribe: HARRY C. DAVIDSON

## AGUACATE

Uno no puede decir, francamente, que el aguacate constituya de por sí, motivo de inspiración para poetas y escritores, quienes, con solo verlo, salten de inmediato a farfullar el poema que lo inmortalizaría. Su forma panzuda, ese color verde-oscuro sin distinción, su misma apariencia tranquilota, reposada, no son, definitivamente, elementos que prendan la chispa del genio.

¿Dónde están pues, la magia y el encanto del aguacate? ¿Dónde sus bellezas y virtudes? Al respecto se me ocurre, lector amigo, que si la mentada fruta, en quietud, ahí puesta, poco o nada inspira, hay necesidad de ponerla a hacer algo, a trabajar, para que se opere el cambio.

Al aguacate hay que organizarlo, digamos, en función de nuestras sopas: al sentarse uno delante de un estupendo plato sopero lleno de fragante ajiaco, el milagro ocurre en el momento mismo en que se corta el aguacate: es como si una nueva e incitante Venus surgiera del seno de aquella mísera envoltura! El solo espectáculo del aguacate abierto produce una voluptuosidad que casi da vergüenza. Verlo y lanzarse es todo uno, pues fallan hasta las más elementales inhibiciones de la buena educación.

Entonces sí, ¡bien haya el aguacate! Que canten sus virtudes, líricos y aedas. Que exalten sus bellezas los del verso y de la prosa: el aguacate ha pasado a ser un monumento!

Así lo entendió el máximo cantor de la montaña, Gregorio Gutiérrez González cuando extasiado ante tanta maravilla, y en palabras que como sus "recuerdos con olor de helecho" no se borrarán jamás, fijó ese instante supremo al hablar de la tajada de aguacate.

*"blanda, amarilla, mantecosa y tierna".*

*El aguacate en Colombia*—Cabe a Antioquia la grande, el honor de haber aportado el aguacate al patrimonio nacional. Efectivamente, el príncipe de nuestros cronistas, don Gonzalo Fernández de Oviedo y Val-

dés, en la primera parte de su *Historia general y natural de las Indias*, publicada en Madrid en 1851, dice en el tomo I, página 353, que hacia 1535: “En la gobernación de Castilla de Oro [que incluía las provincias indígenas de Veraguas (entre Costa Rica y Panamá) y la de Darienes en Colombia],... hay unos árboles... que los chripstianos llaman perales: i de hecho la fructa que llevan son peras en el talle y en la color, e no en más, porque el cuero es tan gordo como el de un borceguí de cordobán... [por dentro]... carnosidad [y] el cuesco... estas que digo de Tierra-Firme, muchas dellas pesan una libra... en el árbol nunca maduran... pónenlas en un rincón de casa sobre un poco de hierva ó de paja seca, e allí se maduran”.

Lo anterior se encuentra confirmado, hacia 1541, en el *Descubrimiento de las provincias de Antioquia*, por Jorge Robledo, —Relación del escribano Sardilla—, que apareció publicada en la *Colección de documentos inéditos* de A. B. Cuervo, tomo II, Bogotá, 1892, página 404 y lo mismo dice Pedro Cieza de León en *La Crónica del Perú*, publicada en la “Biblioteca de Autores Españoles-Historiadores Primitivos de Indias”, tomo II, Madrid 1886, en cuya página 364 se menciona que en la provincia del señor o rey llamado Nutibara “Había muchos árboles que llamamos aguacates”. Esto por allá en 1550.

El ex-provincial del Convento de San Francisco, fray Pedro de Agüero en el tomo II de su *Recopilación historial*, publicada en Bogotá en 1956, refiere que, hacia 1568, en la “tierra de los términos de Victoria y los Remedios”, cuyos naturales son llamados por los españoles Patangoros, estos [página 112] “Tenían asimismo curales, que son árboles crecidos y grandes...; la fruta de estos algunos las llaman peras, por tener alguna similitud de ellas, y otras las llaman curas, y otros paltas... Tienen dentro un gran hueso que ocupa la mayor parte de ella, el cual no es de comer sino la carne que está entre este hueso y el cuero se cría que es, si está de sazón y bien madura, de muy buen gusto”.

Finalmente, nuestro laborioso cronista Castellanos en sus *Elegías de varones ilustres de Indias*, publicadas en Madrid en 1847, nos informa [página 518]: que los aguacates fueron alimento de los conquistadores y los salvaron del hambre, como ocurrió con Gaspar de Rodas en sus correrías por las cercanías de lo que fue después la Villa de Antioquia, hacia 1870.

*Arbol y fruta del aguacate*—El olvidado cronista Antonio Vásquez de Espinosa en su *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, publicado en Washington en 1948, informa, hacia 1628, [página 77] que “el aguacate... es árbol grande, fresco y frondoso, las hojas mayores y más verdes que de mançano, la fruta es mayor que una grande pera de Rei, aillas de muchas suertes y hechuras largas como una calabaza, y redondas, la cáscara de ordinario es verde i lisa, aunque las ai como la camuesa de dos colores”.

*Sabor del aguacate*—Este es el punto álgido, y cada escritor da una opinión diferente: El cronista Oviedo y Valdés ya citado, dice que “Lo que queda de comer parece manteca e es un gentil manjar, y yo le tengo por mejor que las peras de Castilla”.

Juan de Castellanos también ya mencionado, trae a colación las

*“Fructas de aguacates...  
...cuya hechura  
es a similitud de pera verde,  
aunque mayor y de más largo cuello,  
de gusto simple cuasi de manteca,  
ningún olor, más tales hay que tienen  
el del anís, y su sabor el mismo,  
una pepita sola, y esa grande,  
poco menos que huevo de gallina:  
es fruta sana, y es el árbol (sic) alto,  
no muy hojoso, más de buena vista”.*

Don Francisco Guillén en su *Memoria de los pueblos de la gobernación de Popayán* fechada en Santa Fe el 17 de febrero de 1583 y que fue publicada en los “Anales de Instrucción Pública” de Bogotá, agosto de 1889, dice que [página 1473] el aguacate “tiene sabor de nueces tier-nas e tiene en medio un cuesco grande que partido el cuesco tiene olor natural de pino”.

El cronista Vásquez de Espinosa ya citado, por su parte, informa: “la medula es entre blanca y amarilla, cerca de la cáscara algo verde: es fruta mui sana y regalada de ordinario se come con sal o açúcar, y de esta suerte tiene excelente sabor, y es de mucho sustento”.

Agrega el padre Bernabé Cobo en el tomo II de su *Historia del Nuevo Mundo*, publicada en Sevilla en 1891, que, hacia 1653, “Tiene esta fruta el mayor hueso que yo he visto en otras”, y dice: “que ella es fruta tan sabrosa, cuando está bien sazónada, que no ha menester otro sainete”.

Don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa en el tomo I de *Un viaje a Suramérica*, publicado en Londres en 1760, informan [página 301] que “la pulpa es sólida, pero cede a la presión del dedo... y el gusto tan insípido que requiere sal para darle un sabor agradable”.

Para cerrar, en la curiosísima obra *Viaje en Colombia* de la hermana Marie Saint-Gauthier, de la Imprenta Barbot, pero sin anotación del año de impresión, se informa [página 18] que el aguacate “parece por la forma a una gran pera duquesa, por la piel a una berenjena, se la corta en tajadas como el melón..., la carne, de un amarillo verdoso, se parece en tal forma por el gusto a la mantequilla fresca que se la tomaría por tal si se le comiera con los ojos cerrados”.

*Problemas del aguacate*—No todo es color de rosa en estos terrenos aguacateriles: los cronistas antiguos como fray Pedro de Aguado encuentra que los aguacates son “comida ventosa y pesada”. Los viajeros modernos como el señor Isaac F. Holton, en su obra *Nueva Granada: veinte meses en los Andes*, publicada en Nueva York en 1857, dice [página 410] que aprendieron “a comer el aguacate, Persea gratíssima, conocida... en Bogotá como la cura, femenina... Esta fruta fue más difícil de dominar que cualquiera otra, con la cual tuve que verme, exceptuando el tomate”.

*Sus usos medicinales*—No hemos encontrado mayores datos sobre los usos medicinales del aguacate entre los muchos autores consultados. Solamente el alférez José Nicolás de la Rosa en su *Floresta de la Santa Iglesia Catedral de Santa Marta*, publicada en Valencia en 1833, informa, hacia 1739 [página 225] que la semilla “tiene un corazoncillo en forma de raíz, blanco, el cual tostado, hecho polvos, y tomados en vino, quitan el mal del corazón. La pepita, comida, despierta el apetito sensual, según la experiencia hecha por la brutalidad de los indios”.

## AGUINALDOS

*Su origen*—Entre los romanos, se llamaba aguinaldo a la costumbre de hacer regalos el día de año nuevo. En el artículo *Estrenos o aguinaldos* que, sin firma, apareció en “El Tiempo”, año III, número 155, en Bogotá el 15 de diciembre de 1857, se anota al respecto:

“Llámase así [dice en la página 1], la costumbre romana de hacer regalos el día de año nuevo; tuvo origen siete años después de la fundación de Roma, a causa del presente que hizo Rómulo a Tacio, rei de los Sabinos, de unos ramos cortados en un bosque consagrado a la diosa *Strenua*”.

“Tal vez estos ramos fueron de la misma especie que las enredaderas silvestres que se dan en Cuba durante el invierno, i de cuya rara fragancia hablan tanto los naturalistas. El nombre de estas enredaderas es también *aguinaldo*”.

“De Rómulo, la costumbre de los regalos se extendió a todo el pueblo latino, habiendo pasado hasta Grecia i demás naciones del orbe antiguo”.

Sobre el origen de los aguinaldos agrega don Jerónimo Argáez (John Truth) en un artículo titulado *Noticias y variedades*, publicado en “El Zipa”, año I, número 20 en Bogotá, el 20 de diciembre de 1877, [página 233]: “El conde de Cailus nos ha conservado dos monumentos curiosos de los votos que los romanos hacían recíprocamente por su felicidad... Son dos vacitos de tierra cocida: en el primero se lee: “Yo te deseo un año nuevo feliz i afortunado”. Y en el segundo: “Deseo un año-nuevo feliz i afortunado a mí i a mi hijo”... A las felicitaciones iban unidas las visitas y los regalos, que consistían en higos, dátiles y miel... los clientes ofrecían a sus patronos una sencilla moneda de cobre”.

“Estas ofrendas anuales [página 234]... tuvieron el nombre de *Strenae* y Nonio Marcelo refiere la etimología. El primer día del año, que entonces era el primer día de marzo, Tacio, rey de los Sabinos, asociado a Rómulo, en el gobierno de la nueva ciudad, recibió un presente que miró como el agüero más feliz. Eran unos ramos cortados en un bosque consagrado a *Strenua*, diosa de la fuerza”.

“Tacio, lisonjeado con este regalo, que su valor y fuerza merecían, quiso que se renovase todos los años, dándole el nombre de *Strenae* en invocación de la diosa”.

*El aguinaldo como regalo de Navidad*—Entre nosotros, la palabra aguinaldo tuvo originalmente el significado de regalo hecho para la Pascua de Navidad. Al respecto, referimos al lector a la obra de don Juan Rodríguez Fresle *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*, publicada en Bogotá en 1859, en donde se narra que hacia el año de 1577 [página 93]:

“Fuéronse a la calle real... Llegaron a la tienda de Juan Díaz... Prendiéronle... tomáronle la confesión [por falsificación de moneda]... i condenáronlo a quemar. Quiso su suerte que se diese su sentencia tres días antes de la pascua de navidad, i la víspera de ella entró doña Inés de Castrejón a ver al Presidente [don Lope de Armendáriz], su padre... Pidióle aguinaldo, i díjole el Presidente: “Pedid, mi alma, lo que vos quisíereis, que yo os lo daré”. Dijo la hija... “Pues lo que pido a Usía en aguinaldo es que aquel hombre que está mandado quemar, no lo quemem, ni le den pena de muerte”. Todo lo concedió su padre.

Otro ejemplo de lo anterior lo encontramos en la *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, de don José Manuel Groot, tomo I, publicado en Bogotá en 1869, en cuya página 325 se dice lo siguiente:

“Había en el coro metropolitano... [hacia 1694] la costumbre de dar por navidad los aguinaldos a los canónigos, capellanes y monacillos. El señor Urbina [Arzobispo fray Ignacio de Urbina] señaló una corta cantidad para que se dieran estos últimos, cosa con que no pudieron conformarse los canónigos, y que reclamó en Cabildo muy seriamente el doctor don Onofre de Baños, diciendo que “mediante la costumbre inmemorial que había en la santa iglesia de dar por las pascuas de navidad a los señores prebendados los aguinaldos, para gallinas, y a los demás ministros de dicha iglesia... en este año de 94 no se había hecho así...”.

“La proposición se aprobó... y habiéndose comunicado al señor Urbina, este libró trescientos pesos para las gallinas de los ministros inferiores, dejando sin aguinaldos a los señores prebendados”.

*El aguinaldo como festividad social*—Luego cambiaron las costumbres, y los aguinaldos se celebraban con una serie de regocijos que tenían lugar entre el 16 y el 24 de diciembre y que comprendían misas de villancicos a la madrugada, paseos, meriendas, rezo de la novena, pesebre, bailecitos por la noche y refrescos.

Leamos lo que dicen los cronistas al respecto:

Don José Caicedo Rojas, al describir “algo de las costumbres de los últimos días de la antigua Colombia”, en su obra *Cristina*, publicada en el “Repertorio colombiano”, volumen XXVII, en Bogotá en septiembre de 1880, habla en la página 153 de:

“La época de los aguinaldos... [y dice]. Todos los años se bailaba en casa de Cristina durante los nueve días de regla, y algo más cuando era necesario: nueve días o sea nueve noches de ejercicios corporales”.

“Eso que entonces se llamaba bailes de aguinaldo, no serían hoy sino simples tertulias caseras. Allí se iba de cualquier modo, se bailaba valse y contradanza española, y se servían algunos refrescos; todo de las ocho a las doce de la noche”.

En el artículo *Los aguinaldos* que, sin firma, apareció en “El Duen-  
de”, año I, número 36 en Bogotá el 20 de diciembre de 1846, agregan  
[página 7]:

“Aguinaldos más fríos que estos no los habíamos visto. En otro tiempo ¡qué diferencia! apenas apuntaba el diciembre alegre i risueño, con su cielo azul, limpio i despejado, con su aire embalsamado, con su frío intenso... [era] señal de que ya entrábamos... en el mes del asueto, cuando ya la gente, vieja i moza, comenzaban a prepararse para los aguinaldos. Aquella era una alegre i sabrosa perspectiva de bailecitos, de paseos, de misas chirriadas, de villancicos, de buñuelos y prestiños, de empanadas; en una palabra, todo el mundo se entregaba a la dulce esperanza de gozar. El chico deliraba con los pájaros y villancicos de Valentín; las criadas con el torbellino i la pandereta: los amantes con... las coqueterías de bailes i misas; todo era alegría, buen humor, felicidad... Diciembre era un mes de rosas, de perfumes, de esperanzas; era nuestra primavera”.

La anterior información se encuentra ampliada en la composición poé-  
tica en verso titulada *Aguinaldo*, que publicó Joaquín Pablo Posada, con  
sus iniciales JPP, en el periódico “El Tiempo”, número 105, en Bogotá, el  
30 de diciembre de 1856, en donde dice [página 3] que, hacia 1846:

*“Hubo un tiempo... Que lo hubo,  
me lo se yo demasiado;  
tiempo en que no se pedía,  
aunque era costumbre darlo;  
i a fe que ese infeliz tiempo  
de este no está mui lejano,*

.....  
*En ese tiempo, repito,  
nadie pedía el aguinaldo:  
lo daba, sí, buenamente,  
quienquiera que quería darlo  
¡ai Dios! - en solo una década  
las cosas ¡cómo han cambiado!*

.....  
*El diez i seis de diciembre  
comenzaba el aguinaldo;  
terminaba en Noche-buena,  
es decir, el veinticuatro.*

.....  
*Desde el principio, i aún antes,  
los que podían irse al campo,  
i pudiéndolo querían,  
fácil es adivinarlo,*

se iban —los que no podían—,  
i esto también es mui claro  
en Bogotá se quedaban;  
otros que tenían caballo,  
a su antojo iban, venían,  
i esto tampoco es extraño.  
Así, pues, en aquel tiempo,  
dividíase el aguinaldo,  
si puedo espresarme así,  
en misto, rural i urbano.  
Del primero no hablaré,  
pues su nombre está espresando,  
que es mezcla de los dos últimos,  
que participa de entambos.  
El segundo consistía...  
pero se me había olvidado  
esplicar que Chapinero  
era el consabido campo.  
He aquí, poco más o menos,  
el programa: (Este vocablo  
no estaba entonces de moda;  
pero eso no viene al caso).  
Misa con sus villancicos,  
por la mañana temprano  
aquella, como de Dios,  
aquestos, como del diablo.  
A las nueve se almorzaba  
a las once, o doce, baño,  
por la tarde al camellón;  
ir i venir de cachacos.

.....  
Por la noche, por supuesto  
baile... de rompe zapatos,  
no porque aquel fuera fuerte,  
ni porque estos fueran malos,  
sino porque en aquel tiempo,  
como en este (hablemos claro)  
no se hacía, ni podía hacerse  
nada que no fuera... a tragos.

Entonces...  
los que no se iban al campo,  
en Bogotá se quedaban,  
a pasar el aguinaldo.

Misas, como en Chapinero,  
en Ejipto, en el Rosario;

.....  
entre el almuerzo i comida  
cada cual a su trabajo;

por las tardes, idem, idem  
las noches... por partes vamos.  
Las gentes de pro i valía  
del círculo aristocrático,  
reuníanse en un salón  
confortable, perfumado;  
se rezaba la novena;  
los Ruedas cantaban algo,  
se bailaba sobre alfombra,  
al dulce son del piano.  
Wals, redondo i contradanza,  
cuadrilla, de vez en cuando,

.....  
Los intermedios del baile,  
que por cierto no eran largos,  
se llenaban dulcemente:  
porque se bajaba un rato  
a la sala del pesebre,

.....  
...i se fumaba,  
al mismo tiempo un cigarro,  
i en seguida, se volvía,  
a la danza i al piano,  
hasta media-noche en punto  
en que acababa el sarao.  
La plebe, —i digo la plebe—  
porque el tiempo de que hablo  
se refiere a aquella época  
que llaman “los doce años”;  
la plebe se divertía  
con bambuco, chicha i palos”.

*El aguinaldo apostado*—Desde el año de 1849 se presentó otro cambio de importancia en los aguinaldos en Bogotá pues empezaron a ser “apostados”. Se apostaban los aguinaldos “al hablar y no contestar”, “al no pisar quicio”, “al dar y no recibir”, etc.

Sobre el particular [página 31] se informa en el artículo titulado *Aguinaldo* que, sin firma, fue publicado en “La Jeringa”, número 4, en Bogotá el 16 de diciembre de 1849, que:

“El resto del día se pasa en pedir i dar aguinaldos; costumbre abominable que pone en más de un apuro a más de un pobre cachaco!”. Esta costumbre vino de Antioquia, según informa don José María Samper, en su obra *Un drama íntimo*, publicada en Bogotá, sin fecha. Dice el autor en Medellín, el 25 de diciembre de 1853 [página 83]:

“Aquí como en Bogotá, celebran el aguinaldo, o los aguinaldos, con *pesebre* bíblico, novenario, meriendas y misas a la madrugada; [y aquí viene el cambio] pero en lugar del baile de confianza, tan solicitado en Bogotá, que las costumbres suprimen aquí como pecaminoso y contrario

a la patriarcal *educación* que reciben las señoritas en toda la *provincia*, (como las antioqueñas... llaman a la vieja Antioquia), reina la institución de las *apuestas*, mil veces más ruidosa y más adecuada que los bailes, para favorecer muchos desórdenes, muchos excesos de galantería y cálculos del interés y de la vanidad”.

Agrega [página 84]: “*Apostar aguinaldos*, es un compromiso, una especie de desafío que se celebra por lo común desde antes del 15 de diciembre: hombres y mujeres, o mujeres entre sí, pero más frecuentemente los dos sexos, convienen en *casar los aguinaldos*, como una apuesta de gallos, o caballos, sometiéndose al que pierda a pagar o hacer un regalo cualquiera. Gana el más vivo y despierto, el más ingenioso para sorprender a su contrario, *gritándole* primero al avistarse, del 15 al 24: “¡mis aguinaldos!” y aunque frecuentemente ocurren disputas sobre quién pronunció primero la palabra sacramental, el hombre cede siempre, deseoso de aprovechar la ocasión de hacer un regalo a la contraparte, y mostrar con este su buen gusto, si lo tiene, o su vanidad, o sus recursos pecuniarios, o su cariño, o simplemente su espíritu de novedad”.

“Durante los nueve días del aguinaldo, se relaja notablemente la rigidez de las costumbres antioqueñas... son permitidos todos los escondites y disfraces, todas las trampas... todos los artificios posibles para ganar”.

*Los aguinaldos en Antioquia*—Vamos a examinar un poco cuáles eran las costumbres que, sobre aguinaldos, existían en Antioquia en esas épocas.

Don Juan Francisco Ortiz, en su artículo titulado *Mientras vuelvo*, publicado en “El Neogranadino”, número 80, el 28 de diciembre de 1849, dice: “De tiempo inmemorial tienen en la ciudad de Medellín la costumbre de pedirse el aguinaldo los amigos i conocidos; pero para ello han de preceder satisfacción ordinaria, i después entra el decir, *mándeme usted el aguinaldo*... el aguinaldo debe ser *alegado*; de donde se infiere que los que somos naturalmente cortos i taciturnos no debemos pedirlos”. Habla también de “los nueve días que dura el aguinaldo”.

En el artículo titulado *Crónica interior* que, sin firma, apareció en “La Miscelánea” de Antioquia, número 23, en Medellín el 17 de diciembre de 1856, se dice en la página 181:

“16 de diciembre... nos recuerda que estamos en el primer día de *aguinaldos*. Este tiempo tan divertido para los cachacos i cachacas”. “Hai una cosa que nos choca... i es la monotonía e insulsez de los alegatos... Usted me pidió a la traición; i así no vale... Que usted me pidió por señas. Que lo emplazemos (sic) para mañana”.

“Hai personas que cojen los *aguinaldos* con un entusiasmo que raya en ridículo. Cuál madruga a una casa, i antes de que las señoras se hayan vestido... se meten de rondón a darles una sorpresa. Otros se disfrazan de gañanes para lograr más fácilmente su intento”.

“Los *aguinaldos* son mui divertidos i mui sabrosos: se improvisan tantas relaciones, tantos amores; se presentan tantos medios de una declaración formal, etc., que se puede perdonar lo malo porque lo bueno lo escede en mucho”.

El doctor Saffray en su *Viaje a la Nueva-Granada*, publicado en "Le Tour du Monde", volumen 24, en 1869, dice en la página 123:

"Hay una época en la cual los habitantes de Medellín [en 1862] salen de sus hábitos claustrales: es la época de las estrenas, nombradas aquí *aguinaldos*, y que duran, según las provincias, del 25 de diciembre hasta el 6 de enero. Durante este período privilegiado, se hacen visitas, y el extranjero puede presentarse en casa de las personas que él desea conocer: es allí bien recibido. He aquí cómo se hacen las estrenas".

"Los jóvenes de ambos sexos convienen... en pedírseles mutuamente; fíjanse algunas veces al día, y hasta se estipulan las condiciones del combate, porque es verdaderamente una lucha de finezas, de astucias, y de precauciones la que se trabará por ambas partes. Aquel que divisa a otro primero, cuando van por la calle, grita al punto: "¡venga mi aguinaldo!" y el otro no tiene más remedio que complacerle...".

"Por lo general se permite todo incluso el escalamiento y la violación de domicilio. Se soborna a los criados, se ponen espías... y siempre acaba la cosa de reírse todos de la mejor voluntad".

"No son pocas las bodas que se llevan a efecto por esta costumbre. Los regalos suelen ser muy sencillos y se tiene el buen tacto de no dar importancia a su valor".

Hay un artículo titulado *Aguinaldos* firmado por Rocanegra y que apareció en "El Oasis", serie I, número 52, en Medellín el 26 de diciembre de 1868, en el cual puede leerse [página 413] lo siguiente: "Medellín... me lancé a sus calles en uno de los días del mes de diciembre del año de gracia de 1867".

"Mis perseguidoras... todas a su vez gritaban la misma frase: "¡El aguinaldo! ¡el aguinaldo! Nos lo debe, sí, señor, no lo emplazamos (sic)!", "mi paje... ¡Eh! pues si eso aquí es lo más *usao*; yo creía que puaá en su tierra hacían lo *mesmo*".

"—¡Qué han de hacer! le contesté. Allá se pide aguinaldo cuando median relaciones i una previa apuesta; pero eso de gritar a un pobre ciudadano, sin decir oste ni moste... I, dime, ¿esa deuda es de carácter forzoso en este país?".

"Ello sí, señor; cuando las niñas le piden aguinaldo a un blanco, éste les paga, i ellas hacen lo propio".

En una *Revista general* firmada con las iniciales D. V. y publicada en "El Album" N<sup>o</sup> 2, en Medellín el 22 de diciembre de 1872, se cuenta en la página 16 que: "En otro tiempo, los aguinaldos eran un verdadero acontecimiento en nuestros pueblos y ciudades". "La casi agreste monotonía de nuestra vida, era interrumpida por los aguinaldos desde la aurora del 16 de diciembre hasta la misa de gallo del 25 del mismo mes".

"Los *cachacos* y *pepitos* de ambos sexos, se proponían indemnizarse en estos días, del alejamiento en que nuestras costumbres los mantienen". Pedían "—Mis aguinaldos... [y] luego entraban a discutir las treguas, los

armisticios, las condiciones de la paz; y como lo que interesaba era tener pretexto para prolongar la entrevista... los beligerantes se mostraban intransigentes”.

Finalmente, el gran costumbrista Tomás Carrasquilla en su obra *Hace tiempos*, tomo III, publicado en Medellín en 1936, página 155, describe los aguinaldos hacia 1874, así:

“La gente joven de la actualidad ni noticia tiene de lo que fueron los aguinaldos por aquellos tiempos bobalicones. No solo eran buena ocasión para novios y pretendientes, sino también para el cultivo de amistades y afectos de familia, con las charlas verbales o escritas. Aquella porfía y alegato; carreras y trampas para probar quién debía el regalo, era una exhibición de caracteres: los listos y sangriligeros sacaban su gracia y oportunidad; los necios y pesados su impertinencia, y los sencillos hacían, como siempre, ese papel opaco que nunca desagrada, y el chiste del regalo y del retorno, no consistía precisamente en el valor artístico o comercial, sino en la chuscada, charrera y originalidad”.

*El aguinaldo apostado en Bogotá*—Como atrás se anota, la costumbre de apostar los aguinaldos pasó de Antioquia a Bogotá. Esto se encuentra confirmado por el artículo *Mis aguinaldos* que Pedro Pérez de Perales [Don José Manuel Marroquín] publicó en “El Mosaico”, tomo II, número 2 en Bogotá el 1º de enero de 1859, en cuya página 10 se lee:

“¿De dónde sino de la más rica comarca de la N. G., pudiera haber-nos sido importada la loable costumbre de pedir los aguinaldos? ¿De dónde sino de la aurífera Antioquia...?”.

Veamos entonces cómo quedaron los aguinaldos en Bogotá.

Hacia 1850 y según un artículo titulado *De todo - aguinaldos* que, sin firma, apareció en “El Pasatiempo”, año II, número 79 en Bogotá el 22 de diciembre de 1852, [página 237], los aguinaldos eran así:

*“¿Tus aguinaldos, Belén?  
te los daré, por mi vida;  
mas no es igual la partida,  
si no me los das también.*

*Con estos llevo ya dos  
que es fuerza que despepíte,  
i si no tomo el desquite  
ascenderán... ¡sabe Dios!...*

*Antenoche en la tertulia  
¡se ha visto tal contratiempo!  
me los pidieron a un tiempo  
Enriqueta, Pepa i Julia,  
i yo que soy un petate,  
que a pedir nunca me atrevo,  
soberbios chascos me llevo  
temiendo algún disparate.*

No hai más remedio, Belén,  
que pagar la subvención,  
moderna contribución  
establecida... ¿por quién?  
para cumplir tus deseos  
i en ello cifro mi gloria,  
jamás pedí moratoria,  
ni me anduve con rodeos.

I aunque hubiera de quebrar  
¡Jesús me ampare y me asista!  
si es preciso, comunista  
me hiciera para pagar.

En el año de cincuenta  
le di a Juana una sombrilla,  
i a Leonor una mantilla  
si no va errada mi cuenta.

Un ramillete a Susana  
un pañolón a Marcela,  
unos guantes a Manuela,  
i una peineta a Mariana,  
i en justa retribución,  
¿qué piensas, Belén, que hicieron?  
ni aún el recibo me dieron  
¡de la anual contribución!

¡Viva el sistema directo,  
i mejor si es progresivo!  
No ha de quedar galán vivo  
con método tan perfecto.

¿No me lo darás tampoco?  
mira, Belén, soi modesto;  
no me pongas ese jesto:  
yo me contento con poco  
i no te arrepentirás  
pues no quiero album, ni flores,  
ni confites, ni licores:  
¡una palabra... i no más!

Yo siempre seré el heraldo  
que pregone tu belleza,  
tu virtud i jentileza  
¡pero dame mi aguinaldo!”.

El poeta Joaquín Pablo Posada trae los siguientes detalles adicionales de los aguinaldos en Bogotá en 1856:

“Ahora echemos una ojeada  
sobre el moderno aguinaldo:

¿Véis esa mujer del pueblo,  
 (que vuelve a ser pueblo bajo),  
 con enaguas de bayeta  
 i su mantilla de paño?  
 Ved su talle ¡cuán flexible!  
 su andar ¡cuán noble i gallardo!  
 sus pies ¡Jesús, cuán pequeños,  
 ¡cuán arqueados i cuán blancos!  
 ¿Por quién la tomáis, amigos?  
 Ni hai que florearla ¡cuidado!  
 es Merceditas de tal,  
 que anda a caza de aguinaldos.  
 ¿Véis esos dos colegiales,  
 con la beca del Rosario?  
 ¡cuidado, otra vez amigos!  
 Mirad que esos dos muchachos  
 son dos muchachas que buscan  
 a Jacinto i a Medardo,  
 i a quienes van a ganar  
 sin remedio, el aguinaldo.  
 ¿Véis ese cajón de muerto,  
 cargado por esos cuatro?  
 Seguidlo por un momento  
 i dentro de breve rato,  
 veréis alzarse el cadáver,  
 le oiréis con fuerza gritando:  
 Dolores, Juanita, Carmen  
 buen día —¡mis aguinaldos!—  
 ¿Véis esos dos policías,  
 i esos cinco presidiarios,  
 i ese carro de basura?  
 Pues bien, dentro de ese carro,  
 oculto va Juan Bautista,  
 que va a ganar aguinaldos.  
 Hoi la cuestión es ganar,  
 no solo por dar el chasco,  
 sino porque horriblemente  
 la cuestión se ha complicado”.

Pero evidentemente la costumbre esta de apostar los aguinaldos causó complicaciones de índole económica entre las juventudes de aquellas épocas:

En el artículo ya citado *Estrenas o aguinaldos*, que apareció en “El Tiempo” en 1857, se dice [página 1]:

“Otra variación terrible introducida en la costumbre del aguinaldo es la de no regalarse flores i frutas... sino cosas de valor, i jeneralmente en razón inversa de los posibles del obsequiante”.

“Hai todavía otra reforma en el moderno aguinaldo, igualmente dolorosa i terrible. En los tiempos del año marcial no se extendía más que al 1º de marzo, esto es, a un solo día; pero hoi la cuestión del *año nuevo* es

por separado, i los aguinaldos empiezan a *cobrase* desde nueve días i nueve noches antes del 25 de diciembre... i como no es que se *dan*, sino que se *piden*, i se piden por asalto i a la bayoneta calada, las angustias, los sustos, las sorpresas i los chascos revolucionaban de tal modo los lugares que... El orden doméstico se trastorna, los cachacos madrugan, las niñas corren a misa como a una repartición de premios”.

*Los aguinaldos en otras ciudades*—En la ciudad de Bucaramanga se usaba también el sistema de las apuestas en 1852, según nos lo informa José Joaquín García en sus *Crónicas de Bucaramanga*, publicadas en Bogotá en 1896. Allí [página 87] se dice:

“Alegraban mucho la época de los aguinaldos las apuestas que se hacían, y en las que se empleaban los más curiosos artificios y se ponían en juego las mayores astucias para ver de ganarlos; rara sería la casa donde no había una apuesta, de donde resultaba que al toque de las doce, de la oración y del alba, se oía por todas partes una algazara terrible, cobrándose los aguinaldos y disputando sobre quién los habría ganado; a tiempo que unos se escondían y otros salían a escape con idénticos propósitos”.

En Mariquita ocurría lo mismo, pues en el artículo titulado *Unos aguinaldos* firmado por Delio, y publicado en “El Album”, N<sup>o</sup> 6, en Bogotá el 29 de junio de 1856, se informa [página 48] que allí “Como tú sabes, los aguinaldos han reemplazado completamente a las carnestolendas, i así es que ya nadie se avergüenza de salir como un matachín a pedir unos aguinaldos: entonces se ponen en juego todas las tretas i astucias posibles”.

La situación de los aguinaldos en la ciudad de Manizales, hacia el año de 1880, es descrita por Fr. von Schenck en su libro *Viajes por Antioquia en el año de 1880*, publicado en Bogotá en 1953, en cuya página 46 menciona lo siguiente:

“Me demoré lo suficiente en Manizales como para ser afectado por una contribución general, que se realiza entre Navidad y Año Nuevo y que se llama Aguinaldos. Este tiempo es bastante parecido a los “Etrennes franceses”. No solamente los mendigos, sirvientes y obreros, sino también los muchachos de la calle, los niños de las familias amigas y —cuando la amistad es más íntima— también las damas, exigen su aguinaldo, que puede consistir, según las circunstancias, en efectivo, frutas, dulces, cintas, etc.”.

Volviendo nuevamente a Medellín: allí en 1872 se había deteriorado bastante la institución de los aguinaldos, según se lee en el ya citado artículo *Revista general* que, firmado D. V., fue publicado en “El Album” de aquella ciudad.

“Hoy día los aguinaldos [dicen] han perdido toda su importancia... y han pasado a ser con pocas excepciones, el entretenimiento de las gentes de la última escala social”.

El poeta Federico Velásquez en su *Revista*, publicada en “El Oasis”, serie II, número 10 en Medellín el 8 de marzo de 1873, informa en la página 74 que los aguinaldos se han eclipsado y que de ellos “no conservamos

al presente sino el recuerdo que de año en año nos transmite la temblorosa voz de algún anciano a quien no ha podido vencer el *refinamiento* de la época”.

Por su parte, el doctor Alfonso Castro en su novela *Los humildes*, publicada en Medellín en 1910, trata de los aguinaldos en las poblaciones del departamento de Antioquia, aproximadamente en el año de 1900.

Efectivamente, dice en la página 197 que “la costumbre de los aguinaldos va desapareciendo en Antioquia, y ya solo en las montañas las gentes de labranza “piden y mandan”, y en las poblaciones, los muchachos y el pueblo. La civilización ha dado al traste con nuestras costumbres sencillas y patriarcales, y nos ha quitado mucho del *color local*; lo cual no deja de ser una lástima”.

Describe luego cómo son los aguinaldos en una típica población antioqueña, que él llama Belillo, y dice [página 198] que allí, a pesar de lo dicho, aún los aguinaldos llevan regocijo a las gentes, y el pueblo, desde el diez y seis de diciembre, se transfigura... Desde por la mañana, partidas de rapaces... recorren las calles, turbando la tranquilidad parroquial con los gritos de ¡aguinaldo!, ¡aguinaldo!

Las parejas “aplazan” [apuestan] los aguinaldos y dice el autor [página 202] que “en tales tiempos es permitido franquear tapias y cercos, como lo es traicionar a los amigos, servir de espía y entregar a quien demanda asilo”.

Trae también el doctor Castro un dato interesante relacionado con los aguinaldos que se piden a nombre de la Virgen. En la página 199 anota:

“La mismísima Reina de los Cielos, no perdona en tales días el echar una cana al aire, como quien dice, y por ahí se anda, en hombros de mujeres, muy sonreída, con lujosa cabellera desparramada por la espalda en magníficos bucles, y con manto real, azul celeste constelado de estrellas de plata. Va de casa en casa, y de tienda en tienda, pidiendo el aguinaldo para el Niño Jesús, que pronto alegrará con su sonrisa, y el tono de sus carncitas sonrosadas, el pesebre que se construye en el altar de la iglesia. La preceden bandolas y guitarras...

*“Aguinaldo ferviente pedimos  
en el nombre de Dios inmortal”.*

En las *Charlas de Domingo Ramos*, publicadas en Cali en 1934, narra este divertidísimo autor lo que eran los aguinaldos en dicha ciudad a fines del siglo pasado y comienzos del presente. Dice él [página 53] lo siguiente: “Era costumbre desde el 16 de diciembre, apostar aguinaldos: los amigos con las amigas, los novios con las novias, pues este era un pretexto para dejárselos ganar y tener ocasión de hacerle un regalo a la novia”.

“Para ganar unos aguinaldos no se buscaban comparsas como hacen ahora, cosa que me parece ridícula, salvo mejor opinión; cada uno se arbitraba los medios para demostrar más astucia que su adversario y ganarle los aguinaldos”.

Y luego finaliza [página 55]: “Ahora la muchacha que apuesta los aguinaldos se busca seis u ocho amigas y se van a una sala vestidas de fantasmas, envueltas en sábanas. Otro tanto hace el caballero que los ha apostado, buscando también varios amigos que se visten o disfrazan de la misma manera; ni los fantasmas ni los caballeros hablan una sola palabra, y uno de los apostadores ha de adivinar cuál es la señorita o el caballero de la apuesta”.

## A J I

Don Francisco de P. Muñoz, en sus *Escritos y discursos*, tomo II, publicados en Medellín en 1905, dice [página 13], hablando del ají, en insustituible prosa, que es la “piedra filosofal de la bucólica, que, transmutando lo malo en bueno y lo bueno en mejor, es el colmo de los aliños, el príncipe de los aperitivos en la cocina”.

El ají, en realidad, vino a llenar un vacío, puesto que, como dice el P. Joseph de Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias*, tomo I, publicado en Madrid en 1894 [página 370]:

“En las Indias Occidentales no se ha topado especería propia, como pimienta, clavo, canela, nuez y gengibre... Pero la natural especería que dio Dios a las Indias de Occidente, es la que en Castilla llaman pimienta de las Indias, y en Indias por vocablo general tomado de la primera tierra de islas que conquistaron, nombran ají”.

*Su origen*—La voz ají es haitiana, según informa don Rufino José Cuervo en sus *Apuntaciones críticas*, publicadas en sus obras, tomo I, Bogotá 1954. Efectivamente, allí en la página 841 se dice “Son de Haití: ají (Casas, Hist. II, p. 206; Apol., página 537 b)”.

El ají era conocido ya en el año de 1493. En la *Relación del primer viaje de don Cristóbal Colón para el descubrimiento de las Indias, puesta sumariamente por fray Bartolomé de las Casas*, y que apareció publicada en la obra *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón en Madrid* en 1914, se informa que en la isla del Caribe o Puerto Rico [página 153] “había... mucho ají, que su pimienta, della que vale más que pimienta, y toda la gente no come sin ella, que la halla muy sana”.

Y entre nosotros, ya se le conocía en 1535, pues Castellanos lo menciona específicamente en sus *Elegías de varones ilustres de Indias*, publicadas en Madrid 1847, al hablar [página 187] del “...ají que es la pimienta que da sabor al mísero guisado”.

*Opiniones sobre el ají*—Los cronistas mencionan al ají, sus atributos, virtudes e importancia, así:

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés en la primera parte de su *Historia general y natural de las Indias*, publicada en Madrid en 1851, informa [tomo I, página 275] que hacia 1535 el “Axi es una planta muy conocida e usada en todas las partes destas Indias, islas e Tierra-Firme, e provechosa e necessaria, porque es caliente e da muy buen gusto e apetito

con los otros manjares, assi al pescado como a la carne: e es la pimienta de los indios... lo... crían con mucha diligencia... dá buen gusto e calor al estómago; e es sano...”.

Fray Pedro de Aguado en el tomo II de su *Recopilación historial* publicada en Bogotá en 1956, dice que hacia 1568 [página 29] “la falta de sal [se] suplía [con] cierto género de pimienta que en las Indias... es llamada ají”.

El padre Joseph de Acosta ya citado, dice en la página 370 que hacia 1589 [página 371] “Cerca de los antiguos indios fue muy apreciada, y la llevaban a las partes donde no se da, por mercadería importante... dáse en valles calientes y de regadío”.

El padre Bernabé Cobo, por su parte, en el tomo I de su *Historia de Nuevo Mundo*, publicada en Sevilla en 1890, informa, hacia 1653, [página 371]: “Entre las legumbres que producen el fruto en sus ramas, tiene el *Ají*, después del *Maíz*, el primer lugar como la planta... de mayor estima entre los indios de cuantas se hallaron en esta tierra; porque entre las especies que dio Dios a los naturales della, es tan recibida de todas las naciones de este nuevo mundo, que no se ha hallado ninguna que no tuviere el uso dello y en mucha estimación. Y no solo de los indios es hoy muy apreciado el *Ají*, sino también de los españoles”, [página 372] “todo *Ají* conviene en ser agudo, mordicativo y picante, mayormente las pepitas”.

*Clases de ají*—“Hay ají de diversos colores, —dice Joseph de Acosta, [página 371]— verde, colorado y amarillo: hay uno bravo que llaman caribe, que pica y muerde reciamente: otro hay manso, y alguno dulce, que se come a bocados. Lo que pica del ají es las venillas y pepita: lo demás no muerde...”.

El antiguo cura del pueblo de San Miguel de Paya, en el arzobispado de Santafé de Bogotá, Basilio Vicente de Oviedo, en sus *Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada*, publicadas en Bogotá en 1930, dice, hacia 1761 [página 45]: “Hay tres especies [de ají]: uno redondo, y de poco gusto y picante, y es poco apetecible; otro largo como un dedo de la mano o más, muy fuerte y gustoso, que sazona todas las comidas y caldos y les da un picante que ocasiona apetito. Dase en una misma mata de tres colores, colorado el más y amarillo y verde... Es de calidad cálida, en particular el que llaman ají chiquito, que se da en tierras templadas y cálidas, y es del mismo gusto”.

Sin embargo, la explicación más completa al respecto la da el médico José Félix Merizalde en su *Epítome de los elementos de higiene*, publicado en Bogotá en 1828. Dice él al respecto [página 327] lo siguiente: “Hai varias especies de ají: el rocote grande de figura de naranja i su color o encarnado mui subido, o el de las naranjas chinas o mui verde; el misyicucho mui largo i de iguales colores; el yumbacho es mui pequeño i verde. En Bogotá se llama ají chiquito i en Antioquia ají pique, i tiene un picante excesivo i su color es verde. El colorado conocido en esta ciudad con el nombre de ají de Quito de donde antiguamente se traía seco para venderlo en el comercio i entraba como condimento”.

“El *piquinacho*; el de los yambos que es de tres colores, colorado, amarillo i verde. De todas estas especies el yambucho o ají pique es el más activo, pues aún después de cocido hiere los lavios i lengua como el cáustico más terrible”.

*Preparación del ají*—Continúa el médico Merizalde en su obra ya citada [página 328], y nótese que esta es la primera receta dada en estas tierras para *preparar el ají*: “todos se preparan de un modo. Se les saca las semillas, se dejan desangrar en agua, se cuesen hasta que se les quite del todo el principio picante, si se quiere hacer *curtido*, se les deja algún tiempo para usarlo a la meza echando una cucharadita de la agua i vinagre en que se conserva en las tazas o salceras. Entonces se une con las semillas del alcaparro (*casia sagetum* L) *con los guacamuyos*, con la calabasa tierna cosida, en rebanadas con cebolla, con el ajo en cabezas i con el cogollo de la *caña braba*... Todas estas plantas ya cosidas, se ponen a curtir en aguasal solamente, o en agua, vinagre y aseite entre las gentes de comodidad, quienes... echan en poca cantidad este caldo entre las comidas”.

“La gente pobre solo maja el ají y lo pone en agua con sal, cebolla cortada i perejil, i es la única salsa que acostumbra en su mesa para mezclarla con el ajiaco, masamorra o el cuchuco. A la gran cantidad de ají que le echan a esta comida se debe en parte el que los trabajadores la puedan digerir”.

*Usos del ají*—Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés en su obra ya citada dice [página 275] que:

“en la verdad el axí es mejor con la carne e con el pescado que la muy buena pimienta”.

“Se ha visto por experiencia que es cosa muy saludable, e en especial el tiempo del invierno e tiempo frío, porque... es caliente e mucho”.

Informa el gran experto de nuestras cosas chibchas fray Pedro Simón, en el tomo II de sus *Noticias historiales*, publicado en 1891, que hacia 1538 y en Bogotá [página 303] los “indios”... sentían... mucho el adulterio, y así a la que sentían sospechosa de esto la hacían comer aprisa mucho ají, con que abrasaba las entrañas y con la misma le decían que confesara su delito, lo que hacían muchas veces con la fuerza del tormento... dábanles en confesando, agua, conque se mitigaba el ardor... y sentenciábanla a muerte... otras veces no confesaban... y les hacían grandes fiestas”.

Agrega que hacia 1540 y en la ciudad de Vélez, a los muchachos indígenas “no castigaban sus travesuras con azotes, sino echándoles agua de ají... en los ojos, que les hacía saltar”.

Entre los indios Guayupes de la provincia de San Juan de los Llanos existían curiosas costumbres, según informa fray Pedro de Aguado en su *Recopilación historial*, tomo I, publicada en 1956. Efectivamente, dice que allí, hacia 1568, “para sembrar ají [página 598] buscan una india doncella, porque de otra manera dicen que no nacerá”.

Dice Joseph de Acosta en su obra ya citada [página 371] que el ají es “la principal salsa..., comido con moderación ayuda al estómago para la digestión... [y que] provoca a sensualidad”.

El padre Bernabé Cobo, a su turno, dice en la página 373: “es el *Ají* tan regalada y apetitosa salsa para los indios, que con él cualquiera cosa comen bien, aunque sean yerbas silvestres y amargas; y los más rigurosos ayunos que hacían en su gentilidad, era abstenerse de comer cosa guisada con *Ají*”.

El antiguo párroco de Santa Ana, Tolima, ex-rector del Colegio de Honda, maestro de novicios en Tunja y superior de la residencia de Las Nieves en Santafé, padre Pedro de Mercado S. J., en su *Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito*, tomo II, publicado en Bogotá en 1957 [página 259] confirmando hacia 1660 lo que dice el diccionario en el sentido de que el ají obra como enjuto excitando la gana de beber, dice:

“En los indios el beber es su vivir; del beber se sustentan y con la bebida viven, y aunque tienen vianda nacional de que usan siempre, es solo por lo que les aviva el apetito para beber incansablemente.

“Esta vianda se compone de lo que en España llaman pimientos de las Indias y aquí llamamos *ají*. Seis u ocho de estos los dividen en pedazos y echándoles en una olla con agua y sal, los hierven al fuego, y en esta agua de ají... mojan el pan que ellos [los Achaguas] usan y llamamos cazabe nosotros... y se abrasan las bocas por el mucho picante, y para apagar el ardor, van continuando a pocos bocados la bebida”.

Fray Alonso de Zamora, en la 2ª edición de su *Historia de la Provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada*, publicada en Caracas en 1930, informa sobre los indios que, hacia 1691, “su apetito es tal, que si a algunos les falta el ají, se pasan sin comer”.

El médico José Félix Merizalde dice [página 328] “no hai lugar en Colombia en cuyas mesas no se sirva el ají de alguno de los modos dichos. El ají es un condimento agradable a la vista, el olfato i al gusto. Su uso moderado es útil para aquellas personas que no padecen de inflamaciones, irritaciones, afecciones nerviosas i otros achaques que anuncian la gran irritabilidad del sistema. Los flemáticos i los que sufren debilidad en la digestión deben preferir este condimento del país a cualquiera otro”.

Agrega [página 329] “el ají me ha producido excelentes efectos, usado esteriormente, con manteca i ajos y untando esta con mezcla los miembros paralíticos. También ha causado buenos efectos... en las apoplejías”.

El Libertador Simón Bolívar era muy aficionado al ají. Al efecto merece consultarse el *Diario de Bucaramanga*, de L. Perú de Lacroix, publicado en París, sin fecha. Allí se informa [página 166] que hacia 1828 “S. E.... no fuma ni permite que se fume en su presencia, no toma rapé, y nunca hace uso de aguardiente u otros licores fuertes... le gusta mucho el ají y las pimentas, pero prefiere el ají”.

*El ají y los poetas*—Finalmente y como curiosidad, insertamos acá los versos hechos por los señores Raimundo Bernal Orjuela y Ramón Rue-

da Roales a las diversas formas de preparar el ají en 1860 (ají curtido, taque campestre, y ají con huevo en salsa), tal y como fueron publicados [página 12] en el libro *El lenguaje gastronómico* en Bogotá en dicho año:

*“Ají curtido — Ilusiones perdidas”.*

*Parodia*

*“La lira de Anacreonte, le dio bellos cantares,  
Horacio en los festines, jamás lo perdonó,  
son vagos sus perfumes como recuerdos tristes  
del triste enamorado que su ilusión perdió”.*

*“Ají sin curtir (Taque campestre). Yo me abraso”.*

*Parodia*

*“De estos ajíes, Rita, que te ofrendo,  
verde es el uno, el otro es encendido;  
el primero es mi rostro amortecido,  
el segundo, mi amor, mi corazón:  
ambos de mi destino maldecido  
la fatídica y fiel imagen son”.*

*“Ají con huevo en salsa (Del viajero). No me olvides”.*

*Parodia*

*“El cuenta a nuestras bellas panaderas  
la historia de sus tiernas aventuras  
haciéndoles magníficas pinturas  
de los campos i villas extranjeras,  
i de sus vueltas futuras,  
impone a las rollizas cocineras.*

*Describe sus viajes dilatados  
recorriendo los ámbitos del mundo,  
i pintando con gusto sin segundo  
otros campos alegres i mimados;  
i pinta ríos profundos  
arrastrando su curso vagabundos.*

*Cuenta del mundo las terribles lides  
i de su vuelta el férvido momento  
espresa con doliente i blando acento  
no me olvides, diciendo tristemente.*

*Llenan calabazos  
de ají con huevo  
que al débil caminante  
sirven de sebo”.*